

los que en las Pullas han tenido la dicha de ser los primeros que con su piadosa oferta han apoyado y promovido una obra que la es tan cara, y por cuyo medio ha querido acreditar una vez más su inmenso valimiento ante el divino acatamiento, y las inagotables riquezas de su maternal bondad en pro de los míseros mortales.

En el brevísimo espacio de solos cuatro días logré reunir la suma de 490 liras, suma que, atendidas la índole de la época y la brevedad del tiempo, pudo parecer fabulosa.

CAPÍTULO X.

AYUDA INESPERADA DEL CIELO Y PRODIGIOSA CURACION DE LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION VASTARELLA.

Después de recorrer además —y por cierto con feliz suceso— la ciudad de Mesagne, mi pueblo natal y algun otro punto de las Pullas, volvíme á Pompeya.

Así que llegué acá, vinóme con los brazos abiertos y rebosando alegría mi querido amigo y celoso cooperador, Sr. Federico.

—D. Genaro —le dije— manos á la obra; ni un solo momento podemos ya detenernos. Urge

ante todo adquirir el terreno para, cuanto antes, echar los cimientos del nuevo templo, y por lo tanto es preciso volver á entablar tratos con el primer propietario, es decir, con el dueño del terreno que el Ilmo. Señor Obispo designó para esta obra, y está situado al lado de la vieja parroquia, en la provincia de Nápoles.

—Pero el propietario no cede—me contestó—y lejos de eso continúa en sus trece y por trescientos pasos exige nada menos que mil setecientas liras. De se modo, no tendremos para comenzar los cimientos.

—Consultemos, pues, antes sobre este particular á nuestro santo Prelado, que Dios se dignará hablarnos por medio de S. E. Ilma.

Corría la primavera del año 1876. A los frios y lluviosos días de Marzo, siguieron los hermosos y apacibles de la encantadora estacion de las flores, que bajo la influencia de los vivificadores rayos del brillante Febo, se anticiparon al tiempo, transformando la deliciosa y fecunda vega de Pompeya en un tapiz de mil variados y delicados matices. Era la mañana del 3 de Abril, cuando la Condesa y yo salíamos de la iglesia del Rosario, en la *Porta Medina*, fortalecidos con el Pan de vida eterna, para con nuevos

alientos emprender la nada agradable tarea de recorrer la ciudad, yendo de casa en casa y de familia en familia de las que teníamos en concepto de piadosa. Yo comencé mi jornada por la calle de Toledo, y la Condesa y su compañera, la señorita Ernesta Freda, tomaron un coche de plaza y se dirigieron por la de Chiaia, y luego, no sé por qué pependencias con el cochero, cambiaron de rumbo, tomando la vía di Capodimonte.

Pasada la gran cuesta, detuviéronse en la primera explanada junto al palacio Mautone, en el sitio denominado Santa Teresa, núm. 81.

Sabían que allí vivía una señora de notoria piedad y muy caritativa, pero no la conocían sino por su sobrenombre, que era Vastarella. Dirigíanse á ésta con propósito de suplicarla se dignase aumentar la lista de bienhechores de la nueva obra de Pompeya, seguras de que en esta ocasion no desmentiría su bien acreditada opinion de muy piadosa. Tenía muchas escaleras el palacio.

—¿Nos haría V. —dijéronle al portero— el favor de decirnos dónde vive la señora Vastarella?

Con mucha gravedad, y sin moverse para nada de su puesto, contentóse el portero con señalarlas la escalera de la parte izquierda.

Comienzan á subir las dos señoras, pero en ninguna puerta ven grabado el nombre de Vastarella.

Siguen subiendo, y vén en esto un letrero sobre una puerta del segundo piso, que decía *Miccio*. Estaba abierta la puerta, y se veía un tropel de gente que, con visibles señales de profundo pesar, entraba y salía.

—¿Nos hace V. el favor de decirnos dónde vive la señora Vastarella? preguntaron las dos señoras á otra que entraba entónces en el cuarto.

—La señora por quien preguntan Vdes. no vive aquí, sino en la otra parte; vayan ustedes por la escalera de enfrente.

—Dispense V., que el portero nos ha dirigido por ésta.

—¡Ah, sí! exclamó entónces aquella, tiene razon el portero: la señora Vastarella hoy se encuentra aquí por un motivo muy doloroso por cierto; su hija está á la muerte.

Al oír tan funesta al par que inesperada noticia, pensaron volver atrás, pues era mucha indiscrecion en aquellas circunstancias hablar á una madre desolada, que llora sin consuelo el inminente fatal desenlace de su hija, de proyectos y designios encaminados á glorificar á María y beneficiar al pueblo de Pompeya.

Afortunadamente en aquel mismo instante se dejó ver la otra hija de la Sra. Vastarella, la señorita Ana, que, cansada de llorar, con los

ojos entumecidos por el llanto, salía del cuarto.

Como celadora que era del Sagrado Corazon de Jesus, bien pronto conoció á la Condesa, y creyendo, que iban con el piadoso intento de promover las inscripciones en la Cofradía del Divino Corazon, las invitó á que entrasen dentro, porque parecióla que las dos Señoras llegaban muy oportunamente, como enviadas por la soberana Consoladora de los afligidos, para enjugar las lágrimas que en abundancia brotaban de los ojos de todos los de su familia, pero en especial de los de la madre, vertiendo en su traspasado corazon el dulce bálsamo de sus palabras inspiradas por la más viva fé y ardiente caridad. Entraron, pues, las tres en las habitaciones interiores, mudos testigos á la sazón de un espectáculo por todo extremo lastimero, y sobre todo encarecimiento doloroso.

Véase allí una joven esposa con el fruto de bendición en su seno, con la cara desfigurada, perdidos ya los sentidos y el habla, con la respiración sumamente anhelosa, parecida al estertor de la muerte, que presa de horribles dolores, gesticulaba y hacía espantosas contorsiones, revolviéndose á todas partes y agitándose extrañamente; con todas las señales precursoras de un fatal desenlace, que no dejaban la menor

esperanza de vida ni para la madre ni para la infeliz criatura que traía en su seno.

Llamábase la desventurada señora, Concha Vastarella, hija de D. Juan y D.^a Luisa Passaro, y esposa del Sr. D. Vicente Miccio. La ciencia se declaraba impotente, por boca de sus ilustres representantes el egregio Cav. Novi y el eximio profesor Cantani, para salvarla. Desahuciada, pues, por dichos renombrados médicos, sin esperanza en las prescripciones del arte saludable, y abandonada de la ciencia, veíase ante los frios y tétricos umbrales de la muerte.

Sus afligidos padres, su desolado marido y todos de la familia, pedían con muchas lágrimas y fervorosas oraciones á Dios y á su bendita Madre por su salud, obligándose con voto formal y expreso.

Era cerca de mediodía, cuando se observó que la existencia de la enferma corría veloz hácia el término fatal de nuestra mísera y trabajosa carrera, hasta el punto que no vaciló en profetizar el doctor Novi esta fatídica y sentencia: *otro acceso de convulsiones y acabóse todo.*

Hiciéronle salir de la alcoba al más que afligido, consternado padre de la paciente, y se llamó al ministro de Dios para que, en cuanto lo permitiese la en extremo dolorosa situación de la

enferma, la confortase y la dispusiese para el gran paso que iba á dar á la eternidad.

En tan dolorosas circunstancias, y en aquellos supremos momentos, entraba la señora Condesa en la casa de los Sres. Miccio.

Sin atreverse á mirar á la moribunda, se acercó á su dolorida madre, que estaba en un sofá sumida en un abismo de dolor, pero dolor superior á todo encarecimiento, convertidos sus ojos en dos manantiales de amargas lágrimas.

Cuando cayó en cuenta de la presencia de las visitantes, aumentando su llanto compasivo, les dijo entre gemidos y sollozos.

—¡Ah señoras mías! ya no hay para mis males remedio: he recurrido al adorabilísimo Corazon de Jesus, y á nuestra Señora de Lourdes que tantas lágrimas enjuga piadosa allá en las rocas y ásperas breñas de Massavielle, pero ¡ay desventurada de mí! todo ha sido inútil.

Entónces la Condesa, tomando la palabra con destreza, alabó su fervor, y la aseguró que tambien ella veneraba y tenía en mucho esas devociones, pero que el objeto de aquella visita no era ese, sino el de pedir á ella y á su familia su poderoso concurso para llevar felizmente á efecto la obra que se trataba de realizar en el

desolado valle de Pompeya, es decir, una nueva iglesia para gloria de Dios y del santo Rosario de su bendita Madre.

Y diciendo esto, refirióla sucintamente cuanto de extraordinario aconteciera sobre el particular hasta aquel entónces. Y considerando despues el duelo que se había apoderado de aquella desolada familia, y reflexionando, por otra parte, sobre el caso impremeditado de encontrarse en una casa donde ella no era muy conocida y á donde había ido á parar aquella mañana más bien contra su intencion, puesto que había salido de su casa con objeto de dirigirse á la vía *Chiaia*, y un desagradable é imprevisto accidente habíala obligado á cambiar de itinerario, estando así pensativa y sin acordarse siquiera de visitar á la pobre moribunda, dijo á vista de todos, llena fé y con un acento de la mayor y más firme confianza, estas palabras:

No tengo la menor duda de que nuestra Señora del Rosario, por cuyo nuevo santuario he tomado este improbo trabajo y por lo cual me encuentro ahora en esta desoladísima casa, enjugará las lágrimas de todos ustedes, concediéndoles misericordiosa la gracia que tambien se ha dignado conceder á otras dos familias, trocando así su inmenso duelo en inefable consuelo.

Entónces uno de los presentes, que hubo de ser el médico; al observar la extraordinaria firmeza, la seguridad con que les prometía la gracia, contestó á la Condesa diciendo:

—*Pero estas palabras que V., señora, acaba de proferir, parécenme muy atrevidas; la enferma está ya á las puertas de la muerte, y el caso es de los más desesperados.*

Y precisamente por eso —le replicó la Condesa— porque el caso es muy desesperado, brillará con más vivos fulgores el poder de nuestra dulcísima Madre de misericordia.

Despues de esto, los invitó á que hicieran alguna promesa, obligándose á contribuir con alguna oferta, aunque fuese exígua, á la nueva obra de Pompeya, y á que rezasen con fé y devocion un rosario de quince misterios; y concluyó su exhortacion recordándoles aquello del Evangelio:

—Tengan fé: *Habete fidem Dei* (1).

—¡Ay! repuso la angustiadísimá madre de la moribunda—es muy grande el descaecimiento de mi alma; ya no tengo confianza; toda esta noche la he pasado rogando al adorabilísimo y misericordioso Corazon de Jesus, le he hecho

(1) S. Marc. c. XI, v. 22.

muchas promesas, héle dirigido muy ardientes votos, pero ¡ay de mí! todo en vano. Tambien me he encomendado, por medio de un voto especial, á la soberana y prodigiosa protectora de mi familia, nuestra Señora de los Dolores; he mandado cera á la Virgen de Lourdes; pero todo inútil; se me han caido ya las alas de mi corazon, y es tan grande el desfallecimiento de mi espíritu, que yo no sé qué hacerme; haga Vd., pues, las promesas que quiera.

—Pues bien, contestóle la Condesa: prometa V. á la Divina Madre, que si movida á compasion de su duelo, la consuela en su inmensa tribulacion concediéndola gracia que de su soberana clemencia desea alcanzar, ha de publicarla y procurar llegue á conocimiento de todos, dejando al efecto un atestado fehaciente.

—¡Oh! no sólo haremos todo eso—respondió la afligida madre— sino que iremos á Pompeya, y allí, el mismo dia que el Prelado ponga la primera piedra del nuevo santuario, y á vista de todos, publicaremos la maravillosa gracia que la Madre de gracia y de misericordia tenga á bien concedernos.

Dicho esto, llegaron á la alcoba de la enferma.

Esta hallábase á la sazón en el baño; daba lástima el verla: sus lábios estaban cárdenos, dilatadas extraordinariamente las pupilas de sus ojos

ya casi apagados, sus dientes muy apretados, presa de horribles convulsiones todo su cuerpo, y ella sin sentido y sin conocimiento.

Hondamente impresionadas salieron de la alcoba la Condesa y su compañera, y muy emocionada por la tristísima impresion que acababa de recibir, volvió á su casa la Condesa, y comenzó á contar á la familia los inesperados sucesos que la habían ocurrido en su viaje de aquel día: que teniendo intencion de ir á Chiaia, habíase encontrado en Capodimonte, había equivocado la habitacion de Vastarella con la de Miccio, había visto con sus propios ojos la desolacion de aquella casa, el duelo de aquella desgraciada familia, y que conmovida por tan desgarrador espectáculo, les había prometido, sin la menor vacilacion y quizá temerariamente, nada menos que un prodigio en favor de la moribunda, por amor de su nueva iglesia de Pompeya.

El temor, la incertidumbre, la duda y un tropel de diversos y encontrados afectos se apoderaron de todos los circunstantes: y fueron solemnes y de suprema espectacion aquellos breves momentos—que entónces parecían siglos—que trascurrieron antes de que se supiese el éxito de la promesa. Y en verdad ¿cómo conocer si plugó ó no á la soberana Reina del empiéico la absoluta confianza con que la Condesa aseguró á aquella

familia su favor, hasta el punto de prometer á nombre suyo un verdadero milagro?

—El mal de la señora Miccio—decíamos entre nosotros—corre veloz hácia la muerte. El estado en que la dejó la Condesa es en extremo aflictivo, desesperado, y no es posible dure mucho; y por consiguiente, en el mismo día de hoy ha de resolverse el angustioso dilema: ó la muerte de la infeliz señora, ó la señaladísima gracia de la Virgen sin mancha.

—¡Oh qué acontecimiento para la obra de Pompeya, que la Virgen santísima volviese sus misericordiosos ojos hácia la pobre enferma, arrebatándola de las desapiadadas fáuces de la muerte con uno de esos soberanos rasgos de su maternal bondad!

Las campanas del vecino monasterio de Santa Mónica tocaban á vísperas.

Vivíamos á la sazón en el palacio del señor Passaro, núm. 290, en la calle de *Salvator Rosa*, barrio de San Efre^m Nuevo. Conservamos gratísimos recuerdos de esta casa, como que en ella tuvo su nacimiento la obra de Pompeya, y en ella tuvimos la feliz nueva del primer prodigio que la bendita Madre de Dios obraba en favor de su nuevo santuario en este Valle de triste memoria. Recuerdo tambien como una tan grata noticia nos la trajo una dama de acendrada

piedad, la señora duquesa Albertini Sori Carraffa.

—A estas horas—dijo entónces la Condesa— ó ha pasado ya á la eternidad la señora Miccio, ó ha sido favorecida por la Madre de misericordia; ó la muerte ha tendido sobre la desventurada familia su fúnebre manto y esta está anegada en llanto, ó bien la bienaventurada Madre de la Vida la ha mirado propicia y benigna, y se ha convertido el llanto en júbilo, y los gemidos en cánticos de alabanza y accion de gracias. Salgamos, pues, de esta dolorosa incertidumbre. Llamó enseguida á su antiguo y fiel criado, y le dijo:

—Véte al palacio Mautone —barrio de Santa Teresa— mira bien si el porton está medio cerrado, pues entónces sería señal cierta de que ha muerto ya la enferma, y así, sin entrar dentro ni preguntar nada á nadie, vuelve luego; pero si afortunadamente vieres la puerta enteramente abierta, entra dentro y pregunta al portero cómo sigue la enferma.

El bueno del criado marchó con el recado de su ama, y mientras lo ejecutaba, fué para todos nosotros una media hora de sobresaltos y de la más temerosa ansiedad. Pero... ¿quién podrá describir nuestro gozo, nuestra alegría, nuestro alborozo cuando volvió nuestro mensajero y nos dijo:

—El porton está del todo abierto, y me ha dicho el portero que la Sra. Concha ya está buena.

Nos pusimos locos de contentos, nuestra alegría ya no conocía límites, y nuestro gozo era tan grande y tan intenso como había sido un momento antes nuestro sobresalto. ¡Oh! y como entónces, dando rienda suelta á los afectos de nuestro corazon, exclamamos en el exceso de nuestro júbilo, con el Real Profeta: *Secundum multitudinem dolorum meorum, consolationes tue letificaverunt animam meam!* Todos nos apresuramos á pregonar por las casas y familias de nuestros parientes y amigos, hecho tan sorprendente, y maravilloso.

La santísima Virgen sostenía desde el cielo nuestra confianza—estoy por decir nimia y no sé si tambien temeraria—en Ella, y fortalecía los pasos tal vez algo atrevidos que dábamos por su obra.

Hé aquí cómo ocurrió el milagroso suceso: Apenas salieron de casa de la enferma la Condesa y su compañera, cuando allí mismo pusieron-se á rezar el Rosario entero las dos fervorosas señoritas Elisa Scotti y Julia Torino, y ¡oh maravilla! á un mismo tiempo vuelven la madre y el hijo de los umbrales de la muerte á la plenitud de la vida. Desaparecen para no volver

más, y á pesar de los más tristes pronósticos de su reaparicion, las mortales convulsiones, y la mejoría de la moribunda, desde aquel momento, desde que la plegaria de las dos piadosas señoritas asciende, cual aromático incienso, hasta el trono de la soberana Reina del Empíreo, es instantánea, visible, rápida, maravillosa.

El 15 del mismo mes, que aquel año era Sábado Santo, la Sra. Concha Vastarella de Miccio, perfectamente restablecida, salía de casa para ir á visitar á sus parientes, como se acostumbra por Páscoa florida. La primera visita que hizo fué á su propia madre, quien al verla no cesaba de llorar de alegría.

Todos á una voz proclamaron el suceso como gracia extraordinaria, maravillosa de la maternal bondad de María, obtenida de su valioso patrocinio por la promesa hecha en favor de la *nueva iglesia del Rosario de Pompeya*.

Pero no fué, como se ha visto, una sola la gracia obtenida, sino dos á la vez, pues la Virgen Inmaculada que tan á tiempo quería dar á los hombres inequívocas pruebas de lo mucho que gustaba el que en Pompèya se edificase un templo en honor de su santo Rosario, y al propio tiempo querría sin duda fortalecer nuestra debilidad y auxiliar nuestra flaqueza animándonos á proseguir con denuedo la árdua empresa

comenzada, no obstante que todavía se ignoraba el sitio venturoso que había de recibir en sus profundidades la piedra fundamental del templo, salvó juntamente dos preciosas existencias, la de la madre y la de la criatura (1).

Poco despues de tan faustísimo suceso, llegaba á nuestra casa el Sr. D. Juan de Vastarella, á congratularse con nosotros y á darnos sus más entusiastas plácemes; y la Condesa volvió á visitar á aquella familia tan feliz y contenta ahora, y que, como es natural, estaba llena de ardor para la obra del nuevo Santuario. Y tambien antes de que concluyesen los sermones en aquella Cuaresma el mismo, Sr. Vastarella mandó que se publicase desde el púlpito el prodigio en

(1) Este hermosísimo rasgo de la misericordia de María Santísima, fué anunciado desde la cátedra sagrada el mismo año de 1876 por el elocuentísimo orador, Reverendísimo P. M. Rafael Cocoz de la esclarecida Orden de Predicadores, así en la iglesia de la *Sapienza* como en la del Rosario, en la *Porta Medina*. Y el periódico intitulado *Y Gigli a Maria* en su fascículo de 15 de Junio de 1876 publicó el importante documento relativo á este gloriosísimo suceso, firmado por los siguientes testigos del hecho: Juan Vastarella.—Luisa Passaro.—Vicente Miccio.—Vicente Vastarella, abogado.—Miguel Cammarota Vastarella.—Clorinda Longhi.—Luis Provino.—Felipe Cammarota.—Emilia Passaro.—Cristina Matarese.—Anita Vastarella.—Genaro Passaro.—Isabel Siatti.—Julia Torino.—Cayetano Passaro. Hay el certificado firmado por el Profesor de Medicina, Rafael Novi Caballero.

la iglesia de Montesanto, y lleno de gratitud ofreció ayudarme en cuanto le fuera posible para la edificación de la iglesia.

Junto con su familia y su hija, enteramente restablecida, vino conmigo á mi querida iglesia del Rosario, situada en Puerta Medina, y allí, al pié del altar, donde me consagré hijo de la Tercera Orden del Rosario, toda su familia abrazó aquella regla, y pudimos entónces llamarnos verdaderamente hermanos.

La bondadosa Reina de las celestiales rosas, dulcificaba de esa manera los primeros trabajos y contratiempos de sus servidores, con los inefables consuelos de sus portentos.

Y hoy, despues de haber pasado ya catorce años desde ese acontecimiento, hemos visto volver á los piés de esa milagrosa Madre en Valle de Pompeya á toda la familia Miccio y Vastarella, inclusa la Srita. Conchita, que siempre recuerda con suma gratitud la vida y la salud recibida por intercesion de nuestra Señora de Pompeya.

CAPÍTULO XI.

EL DIA SEÑALADO POR DIOS.

El acontecimiento tan extraordinario que tuvo lugar en la casa de Miccio y Vastarella, cundió con

la velocidad del rayo, y no se hablaba de otra cosa en los barrios de Santa Teresa, de Capodimonte y de Montesanto; pues verdaderamente causó honda impresion en los ánimos. La Virgen se valió de este medio para disponer los corazones de los buenos napolitanos á favorecer su culto.

El ánimo de la Condesa y el mio estaban como acometidos por una ardiente fiebre. No pensábamos más que en la iglesia de Pompeya; no hablábamos sino del modo de seguir adelante con la misma actividad con que habíamos empezado. La Virgen quiere ver edificada su iglesia, y lo muestra con milagros, decíamos, de modo que no habrá fuerza humana ni diabólica que pueda impedirlo.

Pero ¿cómo edificarla si ni aun el solar tenemos todavía para ella? Siempre se tropezaba con ese obstáculo. Fuimos, pues, otra vez á pedir consejo á nuestro superior eclesiástico, para que nos dijese en nombre de Dios el rumbo que debíamos emprender.

Cuando el Ilustre Prelado oyó los prodigios y los hechos extraordinarios con que la divina Providencia manifestaba su voluntad de que se edificase la nueva iglesia, no pudo contener sus lágrimas.

Su contestacion fué breve y terminante, y allanó todas las dificultades con estas palabras:

—Después de haber apurado todos los medios para obtener una rebaja en el precio, no nos queda más que condescender con lo que piden los vendedores. Os aconsejo, pues, que compreis á todo trance el terreno que se halla al lado de la iglesia del Santísimo Salvador, en la provincia de Nápoles.

Había hablado el Pastor, y ya no cabían dudas ni discusiones.

Volvimos á negociar la compra del terreno. Nos avinimos á todo lo que quisieron el colono, el arrendador y los demás. Señalamos el día en que debía firmarse la escritura con el Notario. Aquel día, elegido por Dios, debió ser día de regocijo para el emperio.

Ninguno de nosotros era capaz de preveer lo que iba á suceder, y no había entendimiento humano que pudiera describir los prodigios que dentro de poco habían de tener lugar.

Dios obra siempre de un modo imprevisto, inesperado. Sus misericordias llueven sobre el hombre cuando éste menos lo piensa. Cada uno de nosotros, si discurre sobre ello y examina su memoria y su conciencia, puede ser testigo abonado de lo que decimos. Vino Dios al mundo desconocido y sin ruido. Ninguno podía imaginar que en una pobre familia que había venido de Nazaret para inscribirse en el registro romano,

se hallaba oculto el Redentor del mundo, que en aquella misma noche debía manifestarse.

Otro medio de obrar tiene Dios, y es el silencio: ¡Dios obra en silencio! Fué en silencio en el que se efectuó la generacion eterna del Verbo. En medio del silencio bajó Dios al seno de una de sus criaturas, y se hizo hombre; en el silencio obra el mayor milagro de la gracia en el hombre, cuando cambia su corazon malvado en un corazon santo. En el silencio obró Jesus su mayor prodigio testimonio de su Divinidad, es decir, su resurreccion. Y así las mayores obras que emprende el Dios, se fraguan en el silencio. El ruido es propio del hombre, que busca ayuda en el rumor, en la voz, en las gestiones, en sus esfuerzos, señales inequívocas de su impotencia. De donde resulta que cuanto más ruegue el hombre en el silencio, tanto más se llega á Dios y le halla.

Quien hubiese presenciado la reunion de unas pocas personas ante un notario para firmar el ajuste de compra de doce áreas de terreno, no hubiese podido ciertamente figurarse que aquel acto abría una nueva época para la tierra desamparada de Pompeya.

Observa bien el P. Faber, que cuando están para cumplirse los grandes sucesos divinos, ocupan de tal manera el alma del hombre, que éste,

sin apercibirse de ello, se vuelve profeta. El júbilo que entónces llenó mi alma y el deseo insaciable de ver concluido el templo que se apoderó de mí, me hicieron presentir que algo grande y extraordinario iba á ocurrir. Debía ser tambien aquel dia para nosotros un dia de fiesta y de dulce recuerdo, y así fué.

Era el dia 30 de Abril de 1876, dia consagrado á nuestra amada Santa Catalina, en él se hicieron las escrituras y quedó terminado el contrato de compra del solar donde debía edificarse la casa de Dios en el Valle de Pompeya, y tres años despues, en igual fecha, mi dulce Santa me devolvió la vida con su intercesion, como diré en su lugar.

CAPÍTULO XII.

EL ARCÁNGEL DEL GAURO.

Apenas realizado el contrato, invité al señor Obispo de Nola á señalar el dia para la solemne funcion de la consagracion y de la colocacion de la *primera piedra* del templo de Pompeya.

Debemos elegir un dia de fiesta, dijo el Venerable Prelado, para que puedan asistir á la

funcion al menos los labradores del Valle, y me parece oportuno el primer domingo de Mayo, que cae en el dia 7 del mes.

—No, contesté yo, y si V. E. Ilma. me lo permite, preferiría fuese más bien el dia 8, aunque sea lunes, por ser aquel el dia dedicado al Arcángel San Miguel, pues así como ese Príncipe celestial arrojó del cielo á Luzbel, el angel rebelde, así tengo seguridad que arrojará á Satanás del Valle de Pompeya, donde ha reinado durante tantos siglos.

La eleccion de la fecha que proponía yo para la solemne funcion, precursora de tantas que debían celebrarse en aquel dia dedicado á San Miguel, no se originaba en mi solamente de la devocion que tengo á ese espíritu celeste, sino que tambien tenía otro motivo para ello.

Quien hallándose en el Valle de Pompeya extiende su mirada hácia el sur, descubre delante de sí los montes que forman como una barrera á Castellamare, Gagmano y Lettere. Uno entre ellos llama mayor atencion, tanto por ser el más alto y que como centinela avanzado domina todo el Valle, si que tambien por la hechura de su cumbrè, dividida en tres pequeños montes que tienen la forma de tres dedos de una mano, el más alto de los cuales se divide á su vez en su cima en otros tres picos.